

les, que llevados de sus fines particulares, y gobernados de sola su voluntad por ser Parientes unos, y otros Paisanos del Governador, no acertaron, ò no quisieron dar oídos à la razon.

Esta discordia dividió en parcialidades el Campo; y assi se vieron obligados à buscar otro rumbo, y tomar otro temperamento, para no tropezar con tantos embarazos. Se discurrió, despues de varias consultas, y controversias, que el Señor Conde, valiendose del Titulo de Coronel, entrasse tambien en el Nayar en compañía del Governador, à que à ley de Cavallero se allanó, sin hazerle disonancia los zelos, que pudieran dar à su autoridad, el ageno mando. Consideravase, que por este medio se ocurría al mayor inconveniente; porque en caso de que en el camino assaltasse al Governador el accidente, que por entonces se havia retirado, iba en la asistencia del Señor Conde prevenido el remedio. Ni havia rezelo, de que pudieran en aquel caso turbarse los Parciales del Gefe, pues entrandoseles el desengaño por los ojos, se verian necessitados por no bolver atrás à pedir ellos mismos, que passasse à otra mano el Baston.

Este medio, que fué aplaudido por el mas acertado, se quedó en la ineficacia sola de la especulacion, sin que llegara el caso de experimentar con la practica su eficacia; porque el Señor Conde, haviendo observado lo bien concertado, y harmonioso de los discursos de Don Juan de la Torre, no solo en las conversaciones familiares, sino aun en la solemnidad, y formalidad de lo Juridico, por lo juizioso de sus respuestas, claramente echó de vér desde luego, que se le podia fiar enteramente la empresa, no haviendo indicante, de que bolviessse à repetirle la enfermedad. Contentóse por entonces, avisando con los autos, que havia formado, al Señor Virrey: dió permisso, para que marchasse à la Puerta del Nayar el Exercito, y prometió no salir de Guajuquilla, pro-

ref-

testando, que el no retirarse era, para que le hallasse mas immediato qualquier novedad, y encargando à esse fin à los Capitanes la prontitud de las noticias. Mas despues de haver salido el Exercito, devieron de sobrenvenir motivos tan urgentes, que le executaron à restituírse à su Palacio, siguiendole aquellos Cavalleros, que le vinieron acompañando: esperaba siempre casi con impaciencia las novedades del Nayar, y de Mexico en la Ciudad de Zacarécas, donde aunque le havian de encontrar mas de lejos las noticias de esta Provincia, le hallarian mas cerca los ordenes de su Excelencia.

CAPITULO XIII.

SALE DE LAS FRONTERAS NUESTRO Exercito, y alojase en el sitio, que señalaron los Nayeres, donde se descubren las primeras assechanzas de su alevosia.

EL dia veinte, y seis de Setiembre del año de mil setecientos, y veinte, y uno salió de Guajuquilla la alta nuestro Campo, para entrar en otro de tantas malezas por lo poco traginado, por lo mui lleno de peligros, por sus asperas cuestras, y precipitadas laderas, que apenas se dava passo, en que no se tropezasse con un susto. Aumentava los rezelos, el que con graves fundamentos se tenia de ser alevosamente assaltados de los Indios; porque las treinta leguas de travesía hasta llegar à la Puerta, estaban despobladas, y todas por lo montuoso, y quebrado de la tierra mui ocasionadas à frequentes emboscadas. Y si no se valieron de estas los Nayeres en tan largo peligroso camino, fué, porque por mas que reconocian las ventajas, que les ofrecian estos puestos, sabian

O

bien,

bien, que las lograrían aun mayores en su misma tierra, así para jugar las armas, como para las cautelas, que había prevenido su alevosía. No quisieron impedir à los Nuestrros que se internassen, no solo para que la distancia impossibilitasse el recurso à los focorros, sino para hazer las emboscadas en parage, en que quedassen todos sin vida, perdiendola mas que à los filos de sus alfanges, à los de sus traiciones.

Prosiguieron nuestras Tropas (si este nombre merece tan corto numero de Soldados) su camino; vencieron la primera dificultad, vadeando el caudaloso rio de Chapalagama, que con las copiosas lluvias, que havian precedido, creció su precipitada corriente, hasta casi llenar todo su cauce; y subieron una altísima, y arriesgada cuesta, que inmediatamente se ofrece, para entrar al Pinal, donde el dia primero de Octubre encontraron al Indio Don Geronimo con la respuesta de los Nayeres, que permitian llegar hasta su Puerta al Señor Governador con todo su Campo, previniendo, que antes se alojassen en un sitio estrecho, que tenían ya destinado, y mostraron al Embaxador. Hizieron alto aquel dia; y el siguiente, habiendo celebrado los Padres el Santo Sacrificio de la Missa, salieron de aquel parage, à quien llamaron *el Angel de la Guarda*; y oy à un hermoso ojo de agua, que está de alli algo distante, le llaman *del Angel*.

Con el cuidado, que causó aquella no esperada, y aun intempestiva respuesta, que dieron estos Barbaros, caminavan, quando al llegar à la cima, desde donde se comienza à baxar à la tan celebrada Puerta, descubrieron los muchos laberintos, que formavan estas quebradas montañas de Sierras altísimas, de barrancos profundos, de cuchillas, y laderas pendientes, y finalmente de tan continuados despeñaderos, que horrorizado de tanta aspereza un Cavallero juízioso, y discreto, que passó poco despues por estas Serranías, proponiendo salir, para no bolver, como lo cum-

plió,

plió, solia dezir por donaire, jugando de las voces: *que esta tierra solo era à proposito, à para Apostoles, à para Apostatas*. Y es así; porque solo puede entrar, para vivir en aquella horrible espantosa soledad, un hombre à ciegas, ò como Missionero, à quien dichosamente venda los ojos la obediencia; ò como Apostata, à quien su misma ceguedad le haze apetecibles los precipicios. A los Padres, luego que descubrieron la Mesa del *Tonati* en el centro de esta Serranía, les causó tanto dolor el vér, que en su corazon se huviesse fabricado el Demonio el mas eruido Templo para sus adoraciones, que no pudiendo contenerle en su pecho el Padre Antonio Arias, exclamó con estas voces, que le ministraron su confianza, y sus deseos: „Espero, que en essa Mesa teatro hasta oy de la Idolatría hemos de vér levantado un Templo à la Santissima Trinidad, para que sea nuestro verdadero Dios adorado, donde ha sido tantos años tan barbaramente ofendido. Viólo así cumplido, y por la misericordia de Dios hasta ahora se mantiene de essa suerte.

Llegaron aquel mismo dia nuestros animosos Conquistadores al peligroso sitio, que los Nayeres les havian concedido, para alojarse, sin encontrar alli Persona alguna, ni casilla, ò ramada, para albergarse; en lo que empezaron à reconocer la mala disposicion, que se temia en estos Barbaros. Añadieronse à este cuidado otros sinsabores, tanto mas sensibles, quanto mas inescusables; porque estava aquel sitio en tal disposicion, que no hallaron ni un arbol, para defenderse con su sombra de los ardores del Sol, y que la estrechura del puesto no les permitia entrada al aire, para templar sus ardientes rayos, antes la immediacion de los cerros solo servia, para aumentarles con la reverberacion, dandoles nueva fuerza. Y aunque quisieron lograr el corto beneficio, que les ofrecian los arboles de un bosque cercano co-

O 2

men-

menzaron à descubrir tantos venenosos alacranes, que viendo ya à muchos mortalmente picados, escogieron antes padecer los rigores del Sol, que los estragos, que amenazavan estas ponzoñosas sabandijas.

A tantos trabajos se añadió el dia siguiente otro aun mas sensible, y mas difícil de remediar; porque habiendo llegado los Capitanes, y demás Soldados, que havian caminado con muchas pausas de orden del Governador, por haverle parecido no ser conveniente darles de golpe en los ojos à los Indios con toda nuestra gente, se multiplicó de suerte, y fué tanta, que comenzó à experimentar se grande escasez de alimentos, logrando por mucho favor los Padres dos tortillas de maíz à medio dia, y otras dos para la noche. Mas la Divina providencia dispuso, que cessasse en breve esse penoso martyrio; porque habiendo llegado à noticia del Señor Conde de Santiago, que aun se hallava en Guajuquilla, este aprieto, remitió tan competente porcion de vizcocho, que pudieron mantenerse, y remediar su casi extrema necesidad. Andando tan escaso el sustento del cuerpo, se cuidó, que fuese mui abundante el del Espiritu; à esse fin con ayuda de los Indios amigos compusieron los Padres en una ramada mui capáz un Altar, en que colocaron una bellissima Imagen de nuestra Señora, y el dia siguiente dia del Seraphico Padre San Francisco se celebró la primera Missa con la mayor solemnidad possible, cantando algunos Indios amigos, inteligentes, y versados ya en aquel Angelical Ministerio. Predicó el Padre Antonio Arias, como Superior, y todos los dias festivos instruían los Padres con la palabra Divina à los Soldados contra los vicios, y aquellos abusos, que se suelen disimular, ó disfrazar con nombre de licencias militares, y con que salen verdaderamente muchos licenciosos.

Este dia, y el siguiente, en que se celebrava la Fiesta de nuestra Señora del Rosario, las solemniza-

ron

ron con la mayor pompa los del Campo, especialmente los Christianos, por traher en su Estandarte por divisa à tan Soberana Señora. Llegaron por este tiempo à los Cuarteles algunos Indios Nayeritas, que desde sus Rancherias havian advertido, causandoles grande harmonía, estas funciones Eclesiasticas. Y estaban tan seguros, que ya haviamos caído en el lazo, que aunque en sus palabras, y risueños ademanes afectavan agrado, facilmente se penetró el artificio, y se conoció, que aquella risa fingida era un verdadero desprecio; porque à pesar de su astucia se les salian hasta por los ojos los impetus de su colera. Los Padres procuraron quebrantarles con las dadas, para empezarles à predicar con estas demostraciones de cariño. Dieronles cuentas de vidrio, y otros doncellios, que ellos aprecian, y les pusieron à todos Rosarios al cuello, para vér si podian cautivarles la voluntad. Estas diligencias fueron el mejor reclamo, para que el dia siguiente viniessen otros muchos, por ser casi todos interessados; aunque no faltó entre ellos uno, que con ademanes sobervios despreció el regalo. Notavan con cuidado, assi esto, como el no haver venido entre ellos ningun Indio Cazique à cortejar al Governador, aun estando tan vezino el Portero, que era uno de los Principales.

Llamayase este Nicolás Melchor, que despues de quatro dias envió à dezir al Governador, que sin escolta de Soldados passasse à su casa, en donde, aunque no havia llegado el *Tonati*, le aguardavan algunos Indios de los mas autorizados, y cabezas de las Rancherias interiores. A lo que luego convino sin mas consulta, que la que hizo con su buena intencion; y llevando algunos de sus confidentes, sin comunicar la proposicion, que se le hizo, ni à los Capitanes, ni à los Padres, que tuvieron la primera noticia, viendole montar à cavallo, se encaminó à la Rancheria, siguiendole algunos de sus Parientes,

y

y una Esquadra de Indios amigos. Los Capitanes dispusieron su gente, para estar apercebidos à qualquiera novedad, que sobreviniessè.

Estavan ya juntos en aquella Poblacion del Cazique Portero como ducientos Indios Nayeres, que conduxo como Gefe un Indio ciego Apostata, llamado en idioma Cora *Cucut*, que en el nuestro Castellano quiere dezir *Culebra*, valiendose de su ceguedad, para comunicarla à los que le seguian, y de su nombre, para esparcir la mortal ponzoña, que escondia en su corazon; porque haviendoles saludado el Señor Governador con la afabilidad, que acostumbra, y dadoles razon de su venida, le interrumpió el arrogante venenoso ciego, y sin dar lugar à que prosiguiesse, respondió resuelta, y atrevidamente por todos: que tratasse su Señoría de tomar la buelta para su casa, y de dar orden, de que marchassen en su seguimiento sus Tropas; porque los Nayeres finos amantes veneradores de su Gran Dios, y observadores fidelissimos de sus Ritos, y Religion, que havian recibido de sus mayores, sin hazer caso de lo que el *Tonati*, y algunos otros, que le siguieron, mal aconsejados executaron en Mexico, ni querian sujetarse à otro yugo forastero, ni admitir otra Religion, ni adorar à otro Dios, que al suyo, que les favorecia siempre con tales providencias, que les escusava la necesidad de haver de recurrir para sustentarse à Países estranos. Y que si persistian los Españoles en llevar adelante la Conquista, ellos con sus armas, y su Dios con los ardores de sus rayos, ò les harian bolver atrás, ò lograria su valor poblar aquel Campo de cadaveres Españoles.

A tanto llega el atrevimiento, quando la modestia del que escucha dá motivo, à que se juzgue cobardia, la que es discrecion, y prudencia; mucha era la del Señor Governador, pero se irritó al oír la ofadía de quien, haviendo nacido en la Region
de

de la luz, y criadose à los pechos de la verdad, perorava voluntariamente ciego à favor del engaño; y santamente enardecido, sin atender à que eran tan pocos los que le escoltavan, llevado del zelo de nuestra sagrada Religion, buelto al insolente atrevido Apostata, le dixo, que no queria hablar por entónces con los Gentiles, aunque todos devian sujetarse à su legitimo Dueño nuestro Rey, y Señor, pero que le advertia, y que estuviesse cierto, que no daría passo atrás, ni se apartaria de esta Provincia, hasta obligar, à que saliesse de ella todos los Apostatas infieles à Dios, y à nuestro Catholico Monarca. Estas solas palabras, que dictó el justo enojo, mudaron tan de golpe en pusilanimidad la ofadía del ciego, que ocupado de la representacion de sus delitos se puso palido, y se le estremeció todo el cuerpo con el susto. Este efecto extraordinario, que advirtieron en su Capitán los Gentiles, les empezó à inquietar; pero Nicolás Melchor, à quien tambien se dirigia el tiro de la severa airada increpacion del Governador, por ser hijo de Apostata, les sosegó con prontitud, assi por el punto de haver llamado al Señor Governador à su casa, como por no malograr, si se executassen antes de tiempo, sus traidores designios, y si se rompiesse la guerra con solos ducientos de los suyos, estando, aunque interpuesto un barranco, tan inmediatas nuestras Tropas.

Apaciguados los Gentiles suplicó al Señor Governador, que diessè la buelta al lugar de su alojamiento; y para templarle el enojo, le dió esperanzas, de que se reducirian los que estavan à su disposicion, y los de otra Rancheria inmediata, que gobernava un Indio viejo de mas de cien años, que se llamava Tecolote. No bastó esta noticia, para templar el justo sentimiento de los Padres, no solo por la atrevida respuesta del ciego Apostata, sino por el silencio, con que el Governador les recató su viaje,
juz-

juzgando, que en estos casos, en que se ha de sacar la cara, para defender nuestra sagrada Religion, aun antes que el Secular, deviera manejar la espada el brazo Eclesiastico. Y por despigar su santo enojo, y declarar contra la Idolatría la guerra, dispusieron, que en un elevado picacho tan eminente, que domina toda la Serranía, y que distava de la Puerta poco menos de una legua, se erigiese, y colocasse una Cruz de madera, que à esse fin havian labrado. Conocióse luego el acierto; porque los Indios amigos, que fueron los de Guajuquilla, al colocarla, hallaron porcion de flechas, que por acercarse mas à su Dios, subian à aquella cumbre à ofrecerselas los Gentiles: traxeron algunas de ellas, para que los despojos les acreditassen de vencedores. Este exemplo dió motivo à los del Pueblo de Mesquitique, à que labraran otra semejante, y la fixáran en un cerro cercano à las Rancherías, aunque no tan eminente, bastantemente despejado, y descubierto; pero la mayor cercanía, y menor dificultad de la subida dió ocasion, à que estos Barbaros à vista de algunos Soldados, à quienes la distancia estorvó impedir la sacrilega irreverencia, y atrevimiento, apedreassen aquel sagrado madero, le derribassen en tierra, y le hiziesen astillas con sus alfanges. La noticia de tan detestable insulto, la recataron à los Padres, hasta que se retiraron de la Puerta, temiendo sin duda, que su Apostolico zelo no les empeñasse à desahogar con algun exceso su tan justo dolor, y sentimiento.

En todo este tiempo se observaron continuamente humaredas, que de los barrancos interiores subian à lo alto: seña, con que se avisan, y convocan aquellos Barbaros, llamando unos, y respondiendo otros. Sirveles esto solo de día; porque de noche estilan quemar las cumbres de los cerros. Todos conocieron claramente, que estos avisos tan repetidos denotavan su

mu-

mucha inquietud, no descuidandose al mismo tiempo de buscar modos, con que desvanecer nuestros rezelos, y asegurar su alevosía. A este fin le envió el Portero Nicolás Melchor al Señor Governador el presente de una lanza, para darle à conocer su rendimiento; y aquel buen Cavallero la admitió, mui satisfecho de su lealtad, sin advertir, que aun le quedava al Barbaro el arco, y carcax de flechas en su casa. Poco despues vino à nuestro Real un Indio llamado Don Alonso, que era de los Principales de esta Sierra, y nos dió mucho, que hazer aun despues de la Conquista: era mui capáz, y astuto; pretextó, que venia à visitar, y saludar al Señor Governador, de quien era mui amigo, y de su mayor confianza; mas el fin era divertirle, para que estuviessse desapercibido, y observar la disposicion de los Quarteles, y la vigilancia, ò descuido de los Soldados, para que llegando el caso, que tenian bien premeditado, los suyos bien instruidos con estas noticias executassen con mayor seguridad su infame traicion: se portó en todo con tal destreza, admitiendo tan agradecido los regalos, que los Padres le hizieron, y el buen trato del Señor Governador, que habló mui à medida de los deseos de aquel ingenuo Cavallero, dexandole enteramente satisfecho, y lleno de esperanzas mui alegres.

Mas los Indios amigos, desconfiando siempre de los Nayeres, y teniendo noticia, de que todas las noches se juntavan à deshora en la Rancheria del Portero algunos Caziques, despacharon en la que les pareció mas à proposito quatro de los suyos mas valerosos, fieles, y sagazes, que entendian el idioma *Cora*, para que se pusieran en sitio, donde sin descubrirles el enemigo, pudiesen escuchar lo que tratassen en su conferencia: industria, que les valió no menos, que averiguar con toda claridad los designios de los Nayeres; porque haviendo venido algunos Principales, que no havian concurrido en las juntas antecedentes, les re-

P

firió

firió el Portero, y los otros Viejos lo que se havia determinado; y se reducía à que señalasse Nicolás Melchor día, y avisasse al Governador, que estaban todos prontos à dar la obediencia al Rey nuestro Señor, y que la darian en el sitio, donde estava alojado nuestro Campo; que entonces acudiesen todos los de esta Sierra bien armados; que haviendose de poner en filas los Españoles, como acostumbran, mientras entravan los Viejos, se estendiesen tambien en otras dos las Tropas Nayeritas à las espaldas de nuestros Militares; que en haziendo la seña el Capitán destinado para darla, al lograr la ocasion, que ofreciese el descuido de los Nuestrros, se abrazassen tres, ò quatro mozos robustos con cada uno de los Españoles; que les sujetassen el movimiento de los brazos, hiriendoles al mismo tiempo dos, ò tres Esquadras de los mas agiles, que señalarian, para executar este sangriento alevoso sacrificio; que al mismo tiempo embistiesen al Governador, y à los Capitanes los Viejos, que ivan à fingir la obediencia, y les quitassen la vida; que vencidos los Españoles, les sería facil resistir à los Fronterizos, si acaso se pusiesen en arma, para oponerles; y que no haziendo movimiento, se les perdonasse la vida, y à los Misioneros, mas obligandoles à salir de aquella Sierra.

Determinaron tambien, que la noche antecedente à su ideada alevosía marchassen algunas Esquadras à ocupar la vereda, por donde necessariamente havian de salir los que acaso escapassen vivos, para que en aquellas estrechuras perecieran todos, unos atravesados de sus flechas, y otros oprimidos de los peñascos, que havian de rodar de la eminencia. No havian mal dispuesto la faccion; pero se les frustró del todo con la noticia tan puntual, que se dió aquella noche à los Capitanes, y por su medio el dia siguiente al Governador al tiempo, que le havia llegado un Correo del Pueblo de Noxtic con carta de su Capitán de Guerra llama-

llamado Don Miguel de Rivera, en que le avisava, que no se fiasse de los Nayeres, ni creyesse sus engañosos obsequios, que tenia aviso cierto, que intentavan acabar con todos los Españoles, valiendose de la fuerza, y de sus ardidés, en que son Soldados veteranos. Estando assi tan instruido, se vió obligado finalmente aquel honrado Cavallero à tener Consejo de Guerra, en que fueron todos de parecer, que convenia salir de aquellos barrancos à campo abierto, retirandose à Peyotan, donde se consultarian despues, y se tomarian las medidas mas convenientes. No pudo el Señor Governador resistir à tantos; y aunque contra sus designios se conformó con su parecer, dando orden à los Capitanes luego, que dobláran las Guardias, y tuviesen prontos para el dia siguiente los cavallos con todo lo necessario para la retirada, que se acabava de resolver con tanta uniformidad de votos.

CAPITULO XIV.

RETIRASE À PETOTAN EL CAMPO, continuansé las diligencias, para reducir por via de paz à los Nayeres, sin conseguir otro fruto, que darles mas tiempo, para disponer nuevas traiciones.

NO fué poco lo que trabajó con sus ideas el Governador Don Juan de la Torre, que aun valanzeava entre la esperanza, que le sugirieron las fementidas promessas del Portero, y el temor, que le causó el informe de las espías, para conformarse con lo que en el Consejo de Guerra se havia resuelto. A los motivos, que se alegavan para la retirada, se añadi-